LA TRADUCCIÓN POÉTICA, ERIS DEL PARNASO

ALICIA YLLERA
UNED, MADRID

1. Una controversia renacentista y europea

La traducción poética, concretamente de los textos homéricos, fue manzana de discordia (Eris) en la más célebre polémica literaria de fines del XVII francés y principios del XVIII, durante la llamada segunda fase de la Querella de los Antiguos y de los Modernos. La polémica ha suscitado diversos estudios[1] y se ha interpretado de modo muy diverso, como mera frivolidad francesa (Grimm 1756, en Krauss y Kortum 1966: 147) o como inicio de la emancipación de la estética literaria (Rigault 1856: II; Moustoxidi 1918: 13, etc.), pero, en cambio, no se le ha concedido gran atención dentro de la historia de la traducción literaria.[2] En realidad, la querella tampoco era una novedad sino que respondía a un viejo debate presente en diversos países desde el siglo XVI.[3]

2. Traducción: ¿imitación o traición?

Es evidente que los lindes entre traducción y creación varían sensiblemente en un planteamiento estético basado en la *imitación*, como fue en Francia el de los siglos XVI-XVIII, o en una consideración de la literatura como *expresión*, noción que arranca ya de Giambattista Vico (1668-1744) -quien a principios del XVIII reelabora elementos procedentes del barroco-, pero que no triunfaría hasta no ser reformulada por los románticos alemanes. Durante los siglos XVI-XVIII la traducción no es sino una forma de imitación. Muchas «creaciones» no eran sino imitaciones o traducciones libres y muchas traducciones eran apropiaciones del texto, más atrevidas que nuestras más libres adaptaciones, en las que predominaba el deseo de adecuar la obra al contexto receptor sobre el respeto al «querer decir» del creador. Apenas si escapaban a esta tendencia las traducciones de textos religiosos y algunos trabajos eruditos, aunque

---

1. En general, se ha atendido más a su primer momento, en el que intervienen Boileau y Perrault. Hepp (1968: 629-755) analiza esta segunda etapa pero atiende especialmente a la visión de Homero.

2. Bellanger (1903: 45-47) sólo alaba el entusiasmo de Mme Dacier por la antigüedad, considerando que los defectos de su traducción responden a las exigencias de su época. Mounin (1955: 17-20) destaca que, para Mme Dacier, el francés del siglo XVIII no es un instrumento adecuado para verter a Homero. Hoof (1991: 51-52) sólo alude brevemente a la disparidad de opiniones sobre la traducción entre los esposos Dacier y La Motte.

3. Ya en 1539 publica Cristóbal de Villalón su *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente*, donde, tras repasar los logros de unos y otros en todos los dominios, proclama la superioridad de los modernos sobre los antiguos, según un procedimiento que siglo y medio después aparecerá en los *Parallèles des Anciens et des Modernes* (1688-1697) de Charles Perrault. Aunque existieron defensas de los modernos ya en la Italia de los siglos XV y XVI, sólo con Tassoni (*Pensieri diversi*), en 1620, influenciado por Villalón, se desarrolla la confrontación con cierta amplitud (Maravall 1966: 594-598). Boisrobert recoge la polémica, que pasa al siglo XVII francés, aunque ya a fines del XVI se habían escuchado, en este país, voces, como las de Loys Le Roy, Claude Duret o Lancelot de La Popelinière, que proclamaban la superioridad de los modernos sobre los antiguos.

también éstos demasiado infieles para los hábitos modernos de la traducción de los clásicos.

Las libertades que se tomaban con los autores greco-latinos suscitaban a veces las réplicas escandalizadas de los eruditos: así el sabio Gilles Ménage, autor de los *Origines de la langue française* (1650), acuñaría desdeñosamente una expresión que tendría gran fortuna, la de *belles infidèles*, para motejar la más libre traducción de Perrot d'Ablancourt, su Luciano, de 1654 (Véase Zuber 1968: 195). Pero estas réplicas «pedantes» no podían contrarrestar una tendencia que respondía a las exigencias de la sociedad mundana a la que se dirigían tan infieles pero hermosas producciones. Existe, sin embargo, una diferencia entre la actitud de los traductores renacentistas y la de los de los siglos XVII-XVIII. El traductor del XVI admira de buena fe a los autores clásicos que vierte a su lengua, aunque los altere al adaptarlos a los usos y costumbres de sus contemporáneos. Por el contrario, el francés de los siglos XVII y XVIII, orgulloso de su época, con frecuencia considera inaceptable verter los textos en su crudeza original.

Dos últimos elementos nos permitirán comprender el marco en el que se sitúa esta polémica sobre la traducción: la dificultad inherente a la historicidad de las obras literarias y la prioridad absoluta concedida al fondo sobre la forma por el clasicismo francés. Ya Saint-Évremond, a quien los largos años de exilio en Holanda e Inglaterra permitían observar a sus compatriotas con cierto distanciamiento, denunciaba el ahistoricismo del pensamiento francés de su época: «Un des grands défauts de notre nation, c'est de ramener tout à elle, jusqu'à nommer étrangers dans leur propre pays, ceux qui n'ont pas bien, ou son air, ou ses manières» (Saint-Évremond 1970: 113).

Además, el clasicismo francés, al insistir en la utilidad moral de la obra literaria, privilegia indirectamente el fondo sobre la forma. Jean Chapelain (1936: 19), teórico de indiscutible influencia a pesar de las burlas que al final de su vida sufrió de sus adversarios y sobre todo de Boileau, decía que el verso y el lenguaje son los aspectos menos nobles de un poema heroico. Opiniones análogas aparecen en modernos como Perrault y La Motte. Estamos muy lejos de las nociones actuales, que consideran el sentido poético como una síntesis del fondo y de la forma o de una visión de la forma, como la de los formalistas rusos, que engloba al fondo.

No son así raras, en estos siglos, las traducciones del griego realizadas por traductores que desconocen esta lengua y recurren a traducciones latinas de fidelidad más que dudosa. Todas las traducciones en prosa de Homero del XVII francés fueron realizadas por autores que ignoraban su lengua o que sólo poseían de ella unos conocimientos muy rudimentarios (Hepp 1970: 7-8).

No se plantea pues ni el problema de la intransferibilidad de la expresión poética, que procede de la noción romántica de la intransitividad del lenguaje poético, ni el deseo de estricta fidelidad de la «traducción reconstrucción histórica» del XIX (Mounin 1955: 97-108), imposible dados los rudimentarios conocimientos filológicos de la época, pero los traductores difieren sensiblemente en su deseo de reconstruir en la lengua receptora, con una cierta fidelidad, el mensaje del autor original o, lo que es más frecuente, de adecuarlo a lo que se consideran las expectativas del público lector del momento. Se es infiel no porque se sea consciente de que todo texto literario es ambiguo, por su esencia misma o por estar vinculado a una civilización diferente, porque se piense que toda traducción poética es una interpretación subjetiva, sino por incapacidad del traductor y, sobre todo, por su pretensión de mejorar un texto procedente de una cultura a todas luces juzgada inferior.

3. Una traducción hace renacer la polémica

Las peripecias de la llamada primera fase de la Querella de los Antiguos y de los Modernos son bien conocidas. Una vez acalladas las últimas voces de esta polémica, cuando ya sus dos grandes campeones (Boileau y Perrault) habían desaparecido, resurgiría una nueva disputa, ahora protagonizada por una helenista, Mme Dacier, y un poeta de espíritu racionalista -espíritu al que los adversarios motejaban irónicamente de «espíritu geométrico»-, autor de numerosas odas, églogas, tragedias, ballets, fábulas, etc. (Antoine Houdar de La Motte). Las discusiones se centran ahora, en su mayoría, sobre una cuestión más específica: la manera de traducir a Homero y la consideración del viejo poeta griego.

Gran admiradora de Homero, Mme Dacier publicó, en 1711, una traducción de la *Ilíada*, a la que añadió un prefacio en el que refutaba, sin citarlos, todas las críticas de Desmarets y Perrault contra el poeta griego. No en balde Perrault (1688-1697: I, 6) había afirmado que Homero, aunque era el «padre de todas las artes», había caído en defectos que «profanaban» su obra y que habría evitado de haber vivido en un siglo tan galante como el de Luis XIV. Mme Dacier deseaba dar a conocer a Homero en mejores condiciones, por lo que había realizado una traducción en prosa bastante fiel y cuidadosa a pesar de ciertas concesiones al gusto de la época, concesiones que aumentarán en su traducción de la *Odisea* publicada unos años después.

Su alegato no parece haber convencido a los «modernos» porque poco después, en 1714, Houdar de La Motte dio a la estampa una «traducción» en verso del mismo texto. La había realizado a partir de versiones latinas pues ignoraba el griego y no consideraba necesario su conocimiento para proporcionar a sus lectores un texto muy superior al de los «eruditos» o al del propio poeta (La Motte 1716: 126-127). En su libérrima versión, perfectamente adaptada al gusto moderno y mundano, mutilaba sensiblemente el texto homérico (casi reducido a su cuarta parte) y suprimía cuantos pasajes le parecían groseros, largos, monótonos, superfluos, inverosímiles, poco decorosos, inmorales, etc., en suma poco acordes con el refinamiento de su tiempo. Añadía a su versión un *Discours sur Homère*, en el que exaltaba su labor destinada a suavizar el carácter vanidoso, brutal, cruel e impío de los héroes homéricos, así como sus bárbaras costumbres, y una oda a *L'Ombre d'Homère*, en la que el viejo poeta abandonaba los Campos Elíseos para invitar a La Motte a rectificar su obra. Su texto era la culminación de las *belles infidèles* del siglo anterior: la traducción de algunos clásicos es inviable; sólo una recreación embellecedora puede hacerlos aceptables para el mundo parisiense de principios del XVIII. La verdad es que La Motte se permitía las mismas libertades que los traductores de textos españoles, de su época o del siglo anterior, o de las piezas de Shakespeare unas décadas después. Era un racionalista y sus puntos de vista no diferían, en este aspecto, de los de muchos filósofos del siglo de las Luces.[4]

Mme Dacier replicó en *Des Causes de la corruption du goût* (1714), donde criticaba punto por punto las ideas y la traducción de La Motte. Este último la refutó, en tono amable y moderado, en sus *Réflexions sur la critique* (1715); su tesis era que el juicio crítico había de aplicarse por igual a las obras antiguas y a las contemporáneas,

---

4. Así d'Alembert (1767: III, 3-32, 21) decía: «Ce n'est pas pour nous faire connoître les défauts des Anciens qu'on les met en notre Langue, c'est pour enrichir notre littérature de ce qu'ils ont fait d'excellent». Censuraba la timidez de muchos traductores, su manía de convertirse en meros copistas y proponía traducir a los clásicos en fragmentos seleccionados, juzgando inaceptable «la contrainte ridicule de traduire un Auteur d'un bout à l'autre».

por lo que no podía sino destacar las debilidades, groserías e inconveniencias de los textos homéricos.

La polémica se extendió y se multiplicaron los alegatos de parte y otra.[5] Durante unos meses ocupó numerosas páginas en las revistas de la época, animó las tertulias de café, las discusiones académicas o de salón y hasta interesó al más popular «teatro de la feria».

Mme Dacier (1716b: LXXXX) consideraba la traducción servil y literal un «monstrueux dessein», pues pensaba que era imposible trasladar las ideas y expresiones homéricas «en s'assujetissant aux mots». Preconizaba una traducción «generosa y noble»[6] y prefería recurrir a la prosa para traducir a los poetas, convencida de que sólo así podía ser fiel al original. En cambio La Motte (1859: 181-268) optaba por la traducción en verso y pensaba que la tarea del traductor era captar el sentido general del texto y buscar cómo Homero escribiría si viviese en la Francia del XVIII. Para él la traducción literal sólo era útil para la erudición y la comparaba al grosero artesano que copia un rostro frente al hábil pintor que lo imita. Creía que la belleza estaba, no en la expresión, sino en las ideas evocadas, lo que refutará Jean Boivin (1715: 214-215).

4. ¿Son más antiguos los modernos?

Aunque en ocasiones se haya visto en la polémica un preludio de las batallas literarias que precedieron la implantación del romanticismo en Francia, los planteamientos de los antiguos y de los modernos diferían, en muchos aspectos, bastante menos de lo que los arrebatos de algunas réplicas parecerían indicar.

Unos y otros compartían una estética absolutista, basada en la creencia en una belleza única, universal y formulable en reglas eternas. Diferían sólo en los aspectos concretos de estas reglas, que ambos apoyaban sobre la razón, aunque con mayor o menor insistencia. Los antiguos mostraban mayor sensibilidad literaria y comprendían que las connotaciones poéticas de cada palabra variaban según las lenguas, mientras que los modernos llevaban a sus últimos extremos la tendencia del siglo XVII a privilegiar el «fondo» en detrimento de la «forma» y juzgaban de este modo obras escritas en lenguas que ignoraban, lo que Huet y Boileau reprocharían a Perrault. A fuerza de insistir sobre el contenido, acababan por reducir la poesía a un «bello adorno» para expresar ideas de manera elegante, adorno que fácilmente pasaba a considerarse un estorbo inútil. Para Fontenelle la poesía no era sino un lenguaje artificial, por lo que

---

5. Sin ánimos de ser exhaustivos, pueden citarse entre las obras compuestas por los partidarios de los antiguos el *Homère vengé, ou Réponse à M. de La Motte sur l'Iliade* (1715) de François Gacon y la *Apologie d'Homère et Bouclier d'Achille* (1715) de Jean Boivin; de los modernos: la *Lettre à M*** sur l'Iliade de M. de La Motte* (1714) del abate Jean-François de Pons, la *Dissertation critique sur l'Iliade d'Homère* (1715) y la *Addition à la Dissertation critique sur l'Iliade d'Homère* (1716), ambas del abate Terrasson, etc. Mme Dacier vuelve a intervenir en la polémica con el prefacio a su traducción de la *Odyssée d'Homère* (1716) y replica a la refutación que el P. Hardouin, también favorable a los antiguos, hace de su interpretación de Homero en *Homère défendu contre l'Apologie du R. P. Hardouin, ou Suite des Causes de la corruption du goust* (1716).

6. «J'ay dit que la Traduction Litterale est une Traduction servile, qui par une fidelité trop scrupuleuse, devient tres infidelle, car pour conserver la lettre, elle ruine l'esprit, ce qui est l'ouvrage d'un froid & sterile genie; au lieu que la Traduction Elegante est une Traduction genereuse & noble, qui en s'attachant fortement aux idées de son Original, cherche les beautez de sa Langue, & rend ses images sans compter les mots; qui ne s'appliquant principalement qu'à conserver l'esprit, ne laisse pas dans ses plus grandes libertez de conserver aussi la lettre, & qui par ses traits hardis, & toujours vrays, devient non seulement la fidelle copie de son original, mais un second original mesme, ce qui ne peut estre executé que par un genie noble & fecond» (Mme Dacier 1714: 329).

prefería la naturalidad de la prosa. Después de haber compuesto muy numerosas obras en verso, La Motte llega, al final de su vida, al convencimiento de que el verso y la poesía son inútiles y compone *La Libre Eloquence, ode en prose* (1729). No faltaron voces en defensa de la poesía (entre otras la de Voltaire), pero se limitaron a recordar la bella armonía del verso francés, surgida del cúmulo de dificultades al que se le sometía desde los tiempos de Malherbe. En el mejor de los casos, la poesía quedaba reducida a una manera elegante de expresar un contenido claro, instructivo y razonable. Unos años más tarde, el abate Trublet (1754-1760: IV, 201-252) afirmaba que el perfeccionamiento del juicio y la razón se realizaba en detrimento de la imaginación, lo que le hacía presagiar un progresivo descrédito de los poetas. Los modernos inauguraron así el período más antipoético de toda la historia literaria francesa.

En cambio, los partidarios de Perrault recogieron las viejas ideas renacentistas de la emulación frente a los clásicos, de la permanencia de las fuerzas de la naturaleza y del espíritu humano (lo que les impedía aceptar que sólo hubiera existido una época privilegiada para las artes), del progreso de la humanidad, basado en la acumulación de conocimientos, y de la influencia del medio (tiempo, lugar y clima) en la creación artística.

Nadie dudaba del progreso científico y técnico pero algunos modernos lo extendían igualmente a las artes y las letras. Fontenelle ponía buen cuidado en separar las disciplinas que dependen de la razón, y se perfeccionan por acumulación de conocimientos, de las artes que dependen de la vivacidad de la imaginación (*Digression sur les anciens et les modernes*, 1688). Para Perrault, en cambio, también las artes, la elocuencia y la poesía participaban en este perfeccionamiento general: la poesía se basa en la ciencia del corazón, que se enriquece con el paso del tiempo. Más lejos irá el abate Terrasson (1715: I, XIII-XIV; 1754: 15-17), quien establece el carácter absoluto y necesario del progreso del espíritu humano, por lo que en la epopeya descubre un avance ineluctable de Homero al *Télémaque* de Fénelon, pasando por Virgilio, ya que la epopeya es obra de moral y ésta ha ido perfeccionándose progresivamente.[7]

En su defensa de Homero, los antiguos recurren en ocasiones a un tímido intento de contextualización: así lo hace Mme Dacier, como antes Claude Fleury en sus *Remarques sur Homère*,[8] y sobre todo Fénelon. Pero las más de las veces prefirieron defender a Homero aferrándose a esquemas tradicionales: veían en el mundo homérico vestigios bíblicos, transformaban sus textos en apólogos morales o recurrían al argumento del consenso de los siglos a favor del poeta, argumento entonces muy arruinado por el racionalismo, que repetía sin cesar que la opinión de muchos millones de necios no podía transformar un absurdo en verdad.

5. Balance de una polémica

En suma, la polémica en torno a las traducciones homéricas, aportó pocas nociones estéticas nuevas. Unos y otros recurrieron a viejas teorías presentes desde el Renacimiento y en ocasiones anteriores. Pero al extremar los dos bandos las

---

7. Ya en 1607 Paolo Beni, en su *Comparazione di Homero, Virgilio e Torquato*, había defendido en Italia la superioridad del héroe cristiano sobre el pagano y, en consecuencia, del Ariosto y sobre todo del Tasso sobre Homero y Virgilio, opinión ésta que escandalizaría al P. Rapin (1970: 1).

8. Redactadas en 1665, las *Remarques sur Homère* sólo se imprimieron anónimamente en 1728 cuando, tras la querella, Homero recuperó cierto favor entre el público francés (ed. Hepp 1970: 19). Este texto es anterior y ajeno a la polémica.

explicaciones racionalistas -los antiguos recurriendo a la explicación alegórica de cuanto reprobaba el gusto contemporáneo, los modernos deduciendo el valor de una obra literaria del grado de desarrollo de la civilización que refleja- la querella contribuyó decididamente a mostrar la precariedad de unas concepciones estéticas basadas en principios racionales intemporales y universales. Con ello preparó el camino a nuevas nociones estéticas y contribuyó al advenimiento de una concepción más relativa de la belleza literaria, capaz de permitir comprender el arte de otros países.

En cuanto a la traducción, se debatió la conveniencia de traducir a los poetas en verso o en prosa, de recrear la obra, haciendo hablar al poeta antiguo según los cánones del «buen gusto» de la época y suprimiendo cuanto éste rechazaría, o el perseguir una relativa fidelidad.

Precisamente apenas acallada la querella, surgió una obra destinada a zanjar la cuestión sin intervenir directamente en ella. En sus *Réflexions critiques sur la poésie et la peinture*, el abate Dubos (1719) quiebra la equiparación entre razón, desarrollo cultural y belleza estética; es el sentimiento y no la razón quien capta lo bello, por lo que la forma, que impresiona al lector o contemplador, predomina sobre el fondo: «dans la poësie, le mérite des choses est presque toujours *identifié* avec le mérite de l'expression» (Dubos 1770: II, 553). De este modo, proclama que no puede juzgarse una obra poética a través de su traducción.

La «guerra civil del Parnaso», según expresión de Fénelon, sirvió de estímulo para renovar unas nociones estéticas muy anquilosadas, lo que llevó a replantear sobre bases nuevas el problema de la traducción poética. De este modo Eris, que había sembrado la polémica, se desdobló, como ya quería Hesíodo, en discordia y emulación.[9]

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alembert, Jean L. R. d'. 1767. *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, Amsterdam, Zacharie Chatelain fils, 5 vols.

Bellanger, Justin. 1903. *Histoire de la traduction en France. (Auteurs grecs et latins)*, París, A. Lemerre.

Beni, Paolo. 1607. *Comparazione di Homero, Virgilio e Torquato, insieme con la difesa dell'Ariosto paragonato ad Homero*, nueva ed., Padua, B. Martini, 1612.

Blignières, Auguste de. 1851. *Essai sur Amyot et les traducteurs français au XVIe siècle*, París. (Reimpr. Ginebra, Slatkine, 1968)

Boivin, Jean. 1715. *Apologie d'Homère et Bouclier d'Achille*, París, François Jouenne. (Reimpr. Ginebra, Slatkine, 1970).

Chapelain, Jean. 1936. *Opuscules critiques*, ed. de A. C. Hunter, París, E. Droz.

Dacier, Mme. 1714. *Des Causes de la corruption du goust*, París, Rigaud.

Dacier, Mme. 1716a. *Homère défendu contre l'Apologie du R. P. Hardouin, ou Suite des Causes de la corruption du goust*, París, Jean Baptiste Coignard.

9. «No hay sólo un género de Érides, sino que existen dos sobre la tierra. A una, quien la comprendiera, la alabaría, la otra, en cambio, es digna de vituperio. Sus tendencias son bien diferentes. Pues una acrecienta la guerra terrible y la discordia, cruel. [...] La otra «incita al trabajo aún al perezoso; pues uno anhela el trabajo cuando ve rico a otro que se afana en arar o plantar y en hacer prosperar su casa. El vecino envidia al vecino que se apresura a hacer fortuna. Esta Eris es provechosa para los mortales. El alfarero está celoso del alfarero, el constructor del constructor, el pobre envidia al pobre y el aedo al aedo» (Hesíodo, *Trabajos y días*, 1990: 88).

Dacier, Mme. 1716b. *L'Odyssée d'Homère, traduite en françois avec des Remarques*, París, Rigaud, 3 vols.

Dubos, abate Jean-Baptiste. 1770. *Réflexions critiques sur la poésie et la peinture*, 7ª ed., París, Pissot, 3 vols. (1ª ed., 2 vols., París, J. Mariette, 1719).

Fontenelle, Bernard Le Bovier de. 1818. *Œuvres complètes*, ed. de G.-B. Depping, París, 3 vols. (Reimpr. Ginebra, Slatkine, 1968).

Gacon, François. 1715. *Homère vengé, ou Réponse à M. de La Motte sur l'Iliade*, París, E. Ganeau.

Hepp, Noémi. 1968. *Homère en France au XVIIe siècle*, París, Klincksieck.

Hepp, Noémi. 1970. *Deux amis d'Homère au XVIIe siècle*. Textes inédits de Paul Pellisson et de Claude Fleury, París, Klincksieck.

Hesíodo. 1990. *Poemas hesiódicos*, ed. de M. A. Corbera Lloveras, Madrid, Akal.

Hoof, Henri van. 1991. *Histoire de la traduction en Occident*, París/Louvain-la-Neuve, Duculot.

Krauss, Werner y Kortum, Hans (eds.). 1966. *Antike und Moderne in der Literaturdiskussion des 18. Jahrhunderts*, Berlín, Akademie-Verlag.

La Motte, Antoine Houdar de. 1716. *Réflexions sur la critique*, 2ª ed., París, Grégoire du Puis.

La Motte, Antoine Houdar de. 1754. *Œuvres*, 10 t. en 11 vols., París, Prault.

La Motte, Antoine Houdar de. 1859. *Les Paradoxes littéraires*, ed. de B. Julien, París. (Reimpr. Ginebra, Slatkine, 1971).

Lombard, Alfred. 1908. *La Querelle des anciens et des modernes. L'Abbé Du Bos*, Neuchâtel, Attinger Frères.

Maravall, José Antonio. 1966. *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones.

Mounin, Georges. 1955. *Les belles infidèles*, París, Cahiers du Sud.

Moustoxidi, T.-M. 1918. *Les systèmes esthétiques en France envisagés du point de vue de leur caractère scientifique (1700-1890)*, París, Jouve & Cie Éditeurs.

Perrault, Charles. 1688-1697. *Parrallèle des Anciens et des Modernes en ce qui regarde les arts et les sciences*, París, Jean-Baptiste Coignard, 4 vols.

Pons, abate Jean-François de. 1714. *Lettre à M*** sur l'Iliade de M. de La Motte*, París, Laurent Seneuze.

Rapin, René. 1970. *Les Réflexions sur la Poétique de ce temps et sur les ouvrages des poètes anciens et modernes*, ed. de E. T. Dubois, Ginebra, Droz.

Rigault, Hippolyte. 1856. *Histoire de la Querelle des Anciens et des Modernes*, París, Hachette.

Saint-Évremond, Charles de. 1921. *Critique littéraire*, ed. de Maurice Wilmotte, París, Bossard.

Saint-Évremond, Charles de. 1970. *Textes choisis*, ed. de Alain Niderst, París, Éditions Sociales.

Terrasson, abate Jean. 1715. *Dissertation critique sur l'Iliade d'Homère*, París, F. Fournier & A.-U. Coustelier, 2 vols.

Terrasson, abate Jean. 1716. *Addition à la Dissertation critique sur l'Iliade d'Homère*, París, F. Fournier & A.-U. Coustelier.

Terrasson, abate Jean. 1754. *La philosophie applicable à tous les objets de l'esprit et de la raison*, París, Prault & Fils.

Trublet, abate Nicolas-Charles-Joseph. 1754-1760. *Essais sur divers sujets de littérature et de morale*, 5ª ed., París, Briasson.

Villalón, Cristóbal de. 1898. *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente*, ed. de A. Serrano y Sanz, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles.

Zuber, Roger. 1968. *Les «belles infidèles» et la formation du goût classique. Perrot d'Ablancourt et Guez de Balzac*, París, Armand Colin.